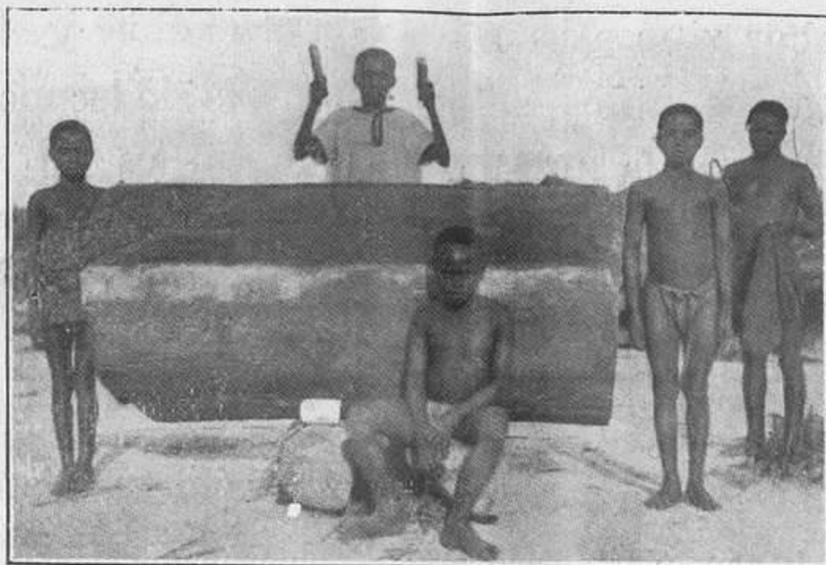


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1932.

NÚMERO 39.



T A M B O R E S

El hacer tambores es un arte especial y el tocarlos todavía es más difícil. Es extraño ver cómo un pueblo va olvidando poco a poco un gran arte, como si se vierte agua de un jarro. Pero un arte grande no es como un agua vertida de un jarro, cuando la fuente está llena de agua buena. Un gran arte como este de tocar el tambor, pasa del padre al hijo. Es una ciencia que los viejos de una tribu transmiten a los jóvenes, si éstos están dispuestos a aprenderlo. Ayer todavía las tribus de Africa eran ricas en toda clase de artes; de los jóvenes depende hoy día tener en estima estas artes, y enseñarlas a sus hijos.

Elí Vundi, hijo de los Bulu del Camarón, en el oeste de Africa, nos cuen-

ta la historia siguiente de un antiguo tambor de Ekutu:

“En el claro del bosque que pertenece a nuestra misión en Akutu, en el Camarón, tenemos un antiguo tambor. No sabemos cuándo fué hecho. No sabemos qué generación de hombres lo ha hecho.

Era propiedad de un hombre llamado Elí Efua; él murió. Ondua Bekona fué al entierro, cogió el tambor (estos tambores servían para llamar la gente a la guerra) y le llevó a su pueblo; arrebatado por el espíritu guerrero, dijo a su esclavo: “¿Ves este tambor que yo he recibido en herencia? Ven, y te mataré; y mató a aquel esclavo.”

Gente blanca vino al país nuestro; había guerra entre ellos mismos. En

esta guerra, Ondua murió. Sus hijos escondieron el tambor para que nadie lo tocara. El hombre que lo recibió en herencia tenía un hijo y este hijo era un administrador de la misión de Akutu. El llevó el tambor a la misión, y llevó también a cuatro evangelistas para trabajar allí. Yo soy el quinto; ninguno de nosotros sabe cuántos años han pasado desde que el tambor vino a la misión. Siempre llama a los niños a la escuela y a los mayores a la Iglesia. Todavía está en buenas condiciones.

Si fuéramos a buscar en todos los países no encontraríamos fácilmente otro tambor que ha hablado en fiestas paganas y en ejecuciones, y que ahora hace la gran obra de llamar a las tribus, para que oigan la palabra de Dios.”

Un héroe evangélico

(Conclusión.)

En Noviembre, de 1632, el ejército imperial, reunido de nuevo por el famoso Wallenstein, —ya que Tilly había muerto luchando contra Gustavo Adolfo— el ejército sueco salió al encuentro de las tropas católicas en las llanuras de Leipzig, cerca de un pequeño pueblo que se llama Luetzen. Mientras que el ejército imperial contaba con una fuerza de 30.000 hombres, Gustavo Adolfo no disponía más que de 18.000 soldados. El rey, presintiendo su muerte prematura, se despidió de su esposa y de su canciller, que habían venido de Suecia a verle. La noche antes de la batalla, Gustavo Adolfo permaneció en su co-

che. A la madrugada, cuando le trajeron sus armas rechazó el arnés diciendo: “Dios es mi arnés.” En la oración matutina las trompetas entonaron el himno de “Castillo fuerte es nuestro Dios.” Pero aún una niebla espesa hacía imposible el ataque. Entonces el mismo rey entonó su himno predilecto: “No te desanimes, pequeña hueste, aunque el clamor y el estrépito de tus enemigos te rodee por todos los lados. Se regocijan ya de tu caída; mas su júbilo no durará mucho tiempo; no pierdas la confianza.”

El ejército unió sus voces a la de su jefe.

Cerca de las once, cuando la niebla empezaba a disiparse, el rey dió la señal de ataque. Doblando las manos alrededor de la empuñadura de su espada, las elevó al cielo exclamando: “Adelante en el nombre del Señor. ¡Jesús, Jesús, Jesús, ayúdame en la lucha de hoy que es para la honra de tu santo nombre!”

En el transcurso de la batalla, cuando ya el ejército sueco triunfaba por todas partes, de repente un ala del ejército victorioso fué atacada por nuevas fuerzas de caballería imperial, y tan impetuosamente que tuvo que retroceder. El rey, enterándose de la situación crítica, se puso al frente de uno de sus mejores regimientos de jinetes para rechazar al enemigo. A manera de un huracán se abalanzaron los suecos sobre el nuevo enemigo. El valiente rey fué el que se adelantó más, de modo que sus tropas le perdieron de vista. Se acercó demasiado a los coraceros del enemigo, y recibiendo un tiro en el bra-

zo y otro en la espalda, cayó del caballo, exclamando: "¡Dios mío, Dios mío!" Estas fueron sus últimas palabras. Unos minutos más tarde se acercó un coracero, y reconociendo al herido, le pegó un tiro mortal en la cabeza.

Cuando el caballo del rey, bien conocido por todos, apareció galopando por la llanura sin su noble jinete, se extendió entre los suecos el rumor que había muerto el rey. Mas tarde encontraron el cadáver. Al enterarse de este modo de la realidad de la muerte de su querido príncipe, los suecos, arrebatados de dolor y de ira se arrojaron como leones sobre las filas de los enemigos, para vengar a su rey. No había nadie quien les resistiera. Así obtuvieron la victoria. Los enemigos huyeron y fueron derrotados completamente; pero el precio de la victoria había sido muy elevado. Gustavo Adolfo no era ya.

Sin embargo, los triunfos de Gustavo Adolfo no fueron en balde. Los generales educados en la escuela del gran rey continuaron la lucha, y aunque la guerra duró aún diez y seis años, ya no hubo que temer que los evangélicos fuesen extirpados como antes de acudir el noble rey sueco. De tal modo, la intervención de Gustavo Adolfo, en general, y de un modo especial la batalla de Luetzen, cuyo tercer centenario celebra el mundo evangélico en este año, puede considerarse como la salvación de la causa evangélica, y no sin justa razón Gustavo Adolfo goza aún hoy día de una popularidad entre los evangélicos, que sólo puede ser comparada con la de Lutero. Porque si este fué el

iniciador de la Reforma, el noble rey sueco fué el defensor heroico y valiente de la causa del Evangelio.

Cómo nacieron casualmente algunos inventos

Muchas veces, vosotros mismos, dejándoos llevar de vuestra imaginación, habéis pensado cosas fantásticas. Casi siempre estas imaginaciones tenéis que agradecerlas a vuestra pereza. Por ejemplo, muchas veces habréis pensado que debía haber un procedimiento para resultar vestido al salir de la cama, sin tener que acometer la terrible empresa de ponerse los calcetines, los zapatos, y, en fin, todas las prendas que hay que ponerse para salir a la calle. Algunos habréis llevado vuestra imaginación hasta pensar en un medio velocísimo que os depositase en el Colegio, sin tener que andar la distancia que de él os separa.

De este modo habéis pensado mil cosas absurdas, pero nunca irrealizables. ¿Quién os dice que pensando en una idea que haya cruzado rápidamente por vuestro cerebro y dedicando a ella toda vuestra atención, no ha de convertirse en una realidad que beneficie a la Humanidad?

Francisco Denis Papin inventó la máquina de vapor un día que observó detenidamente la fuerza que el agua hirviendo desarrollaba sobre la tapa de una olla puesta a la lumbre.

La idea de los puentes colgantes fué sugerida al ingeniero inglés Brown por el examen de una tela de araña, que le

sorprendió por su solidez maravillosa con hilos tan frágiles.

Arquímedes, uno de los más famosos sabios de la antigüedad, descubrió, estando en el baño, el célebre principio físico que lo ha inmortalizado, que consiste, sencillamente, en que "todo cuerpo sumergido en un líquido pierde de dicho líquido una cantidad determinada, cuyo volumen es exactamente igual al del cuerpo sumergido".

Galileo descubrió la oscilación de los cuerpos en el espacio, viendo moverse una lámpara que había colgada en la Catedral de Pisa.

Newton descubrió la ley de la gravedad universal, después de observar la caída de una manzana desde lo alto de un árbol.

Colón pensó que la tierra debía ser redonda, y que, dando la vuelta al mundo se llegaría a las costas de Asia. Pero con lo que Colón no contaba era con América, que se interpuso en su camino, y le hizo el mayor de los descubrimientos geográficos. ¡Donde menos se piensa salta un descubrimiento!

¿Qué diréis que sirvió de base para la invención del globo? Pues nada más que una falda de mujer puesta a secar sobre la lumbre y a la que el aire caliente inflaba, cuando tuvo la feliz idea de pasar Montgolfier.

Ya véis como la imaginación del hombre produce los más felices efectos. De donde se deduce que debéis educarla y exaltarla a fin de producir en vuestro paso por la vida cosas bellas y útiles.

RAMÓN TAIBO SIENES.

NUESTRA CORRESPONDENCIA

¡Por fin! Ya pensaba yo. ¿Pero estos niños y niñas, no habrán leído lo que les has escrito? ¿O es que no saben contarte nada? Pero un día de estos recibí una carta que abultaba mucho, y dentro venían algunas cosillas para EL AMIGO. Son unos amiguitos de la Escuela Dominical de Valladolid, que me han mandado lo que sigue:

PARECIDOS

—¿En qué se parece un sello a un boxeador?

—En que los dos se pegan.

* * *

—¿En qué se parece un dedo a un huevo?

—En que los dos tienen yema.

* * *

—¿En qué se parece un rosario a un cálculo?

—En que los dos tienen cuentas.

CHISTES

—Dime, hijo mío, ¿por qué sale el sol más tarde en invierno que en verano?

—Anda, porque hace frío, y no le gusta madrugar (contesta el niño con violencia).

En el próximo número publicaremos más; en este número ya no había sitio.

TITA.

Solución al problema 1.º del número anterior: 7 niñas y 6 pesetas.

Solución al problema 2.º del número anterior: 3 taburetes, 2 sillas y 5 hombres.

J. Sánchez de Ocaña.—Tutor, 16. Madrid.—Teléf. 32374.